

# javier carvajal

biografía / la arquitectura del  
siglo XX y la crisis de europa/  
obra / distinciones / bibliografía

JAVIER  
CARVAJAL

PREMIO INTERNACIONAL ARQUITECTURA  
INTERNACIONAL ARQUITECTURA AWARDS



**T6)**



La presente edición se llevó a cabo con ocasión de la constitución del Premio Javier Carvajal cuya primera edición recayó en Mr. Kenneth Frampton y fue otorgado el 3 de mayo de 2012 en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad de Navarra

Este libro se presentó en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Navarra el día 3 de mayo de 2012, con motivo de la concesión de la primera edición del Premio Javier Carvajal, promovido por las entidades siguientes:



Consejo Superior  
de los Colegios de Arquitectos  
de España



Escuela Técnica Superior de  
Arquitectura de Madrid



Universidad  
de Navarra

Escuela Técnica Superior de Arquitectura

EDITOR

José Manuel Pozo

COORDINACIÓN

Jorge Tárrago

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Carlos Berían

IMPRESIÓN

Litografías IPAR

EDICIÓN

T6) Ediciones

DEPÓSITO LEGAL

NA 743-2012

ISBN

84-92409-37-2

T6) ediciones © 2012

Escuela Técnica Superior de Arquitectura. Universidad de Navarra  
31080 Pamplona. España. Tel 948 425600. Fax 948 425629

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación, incluyendo el diseño de cubierta, puede reproducirse, almacenarse o transmitirse de forma alguna, o por algún medio, sea éste eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia sin la previa autorización escrita por parte de la propiedad.





## Javier Carvajal. Biografía



Nacido en Barcelona el 3 de enero de 1926. Obtuvo el título de arquitecto en 1953 por la Escuela de Arquitectura de Madrid, siendo Premio Extraordinario Fin de Carrera; ese mismo año fue Comisario Adjunto de Arquitectura y Vicecomisario General de Enseñanza en la II Bienal de Arte de Sao-Paulo, Brasil. En 1955 fue pensionado de la Academia de Bellas Artes en Roma donde vivió hasta 1957, año en el que obtuvo el Premio de Roma de la Academia y recibió el título de Maestro Académico Honoris Causa de la Academia Mondiale Degli Artisti e Professionisti di Roma. En 1959, en colaboración con Javier García de Castro, ganó el concurso de la Escuela de Altos Estudios Mercantiles de Barcelona (hoy Escuela de Ingenieros Industriales), inaugurada oficialmente el 25 de noviembre de 1961. Esta obra será su primer gran éxito y una de sus obras más conocidas junto a la torre de viviendas de la plaza de Cristo Rey en Madrid (1954-58); en ellas se distinguen ya muchos de los rasgos característicos de su personalidad, con algunas invariantes que se van a mantener a lo largo de su evolución.

En 1963 obtiene el primer premio en el concurso para el Pabellón de España en la Feria Mundial de

Nueva York. Con su construcción finalizada en 1964, que fue Premio de la Fundación Rockefeller, obtuvo reconocimiento internacional; el Instituto de Arquitectos Americanos le concedió certificado de excelencia por el diseño. A partir de esta obra inicia su trabajo con elementos prefabricados en fachada. En 1968 la Universidad Técnica de Hannover le concede el premio "Fritz Schumacher" a la mejor obra de Arquitectura construida en Europa aquel año por las casas que proyecta y construye en Somosaguas. En esos años viaja por diversos países de Europa, América y África.

Pronto comenzó a destacar también por su labor docente; en 1954 comienza como profesor auxiliar de la Escuela de Arquitectura de Madrid. En 1960, tras su estancia en Roma, fue nombrado profesor encargado de cátedra; dos años después, en 1962, obtiene el Doctorado. Y en 1965 gana la cátedra, convirtiéndose en el primer catedrático de la Escuela de Madrid que la lograba construyendo una arquitectura moderna; en 1967 fue nombrado Subdirector de la Escuela, en 1968 profesor extraordinario de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander y en 1971 profesor ordinario de los cursos de Urbanismo del Instituto de Administración Local de Madrid. En 1972 es nombrado Director de la Escuela de Barcelona, siendo al año siguiente fundador de la segunda Escuela Técnica Superior de Arquitectura en la Universidad del Vallés de esta ciudad. En 1974 se convierte en Director de la ETSA de las Palmas de Gran Canaria y en 1976 en Catedrático de Proyectos de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Navarra, de la que también fue desde 1982 profesor extraordinario de Historia de la Arquitectura. En 1997 fue nombrado Catedrático emérito de la Escuela de Arquitectura de Madrid.

Esta intensa labor docente la compatibilizó asimismo con diversos cargos; así, en 1971 sería nombrado

Decano del Colegio de Arquitectos de Madrid y reelegido en 1973, año en el que también fue nombrado Comisario Delegado del Ministerio de Educación y Ciencia para la Reforma de las Enseñanzas de Arquitectura en España. En 1964 entró a formar parte del Consejo Redactor de la revista *Arquitectura*, del Colegio de Arquitectos de Madrid. En 1965 fue nombrado Comisario de España en la IV Bienal de Arte Internacional de París y en 1966 representante del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid en el Patronato de la Escuela de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid y Secretario de la Comisión de Enseñanza del Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España. En 1971 actuó como Arquitecto Consultor para la implantación de la Carrera de Arquitectura en Costa Rica, en 1972 fue nombrado por el Ministerio de Educación y Ciencia Comisario Delegado para la reforma de las enseñanzas de Arquitectura y al año siguiente Director General de Ordenación del Turismo. En 1994 fue Consejero de la Fundación Cultural del COAM.

Recibió asimismo múltiples distinciones y honores. En 1969 fue nombrado Académico de la Academia de Turismo del Principado de Mónaco y al año siguiente miembro de Honor de la Sociedad Bolivariana de Arquitectos de Caracas. En 1975 fue elegido académico de la Academia de Doctores de Madrid. También fue miembro de varios Tribunales de Oposición y de diversos Tribunales de Concursos Profesionales, así como Consejero de diferentes entidades.

Javier Carvajal construyó poco para clientes privados y los encargos que recibió fueron de temas muy variados y de muy diversas procedencias, algunos de los mejores como resultado de concursos, lo que le obligó a realizar una arquitectura de prototipos. En su obra podríamos señalar tres periodos; los dos primeros separados por la construcción del pabellón de Nueva York,

que, con la estancia en Estados Unidos que le siguió, señaló un punto de inflexión claro en su trayectoria; y el tercero el que siguió a la construcción de la Torre de Valencia, en coincidencia con la intensificación de su compromiso docente con distintas escuelas de arquitectura en España y el extranjero.

El primer periodo está jalonado por dos triunfos: el del concurso para la Facultad de Altos Estudios Mercantiles en la Diagonal de Barcelona (1959) y el del concurso del Pabellón de Nueva York (1964). Además en ese periodo llevó a cabo otras obras destacadas, como el edificio de viviendas en la madrileña plaza de Cristo Rey y el Pabellón de España en la Trienal de Arte de Milán en 1957, que le valió la Medalla de Oro de la Trienal. También en esos años construye, con José María García de Paredes, la Iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles en Vitoria; y son los años en que comienza su colaboración con Loewe, firma para la que diseña distintas tiendas, entre ellas la de la calle Serrano de Madrid, desgraciadamente alterada, que en su momento fue recogida por Haig Beck en el número del *International Architect* dedicado a Madrid, en el que apareció también el edificio para la Adriática en la plaza de Castelar.

En el segundo periodo, tras el éxito obtenido en Nueva York, construye algunas de sus obras más emblemáticas, como las casas de Somosaguas y los apartamentos de la calle Montesquín, ambos proyectos de 1966. En 1968, construye un edificio de viviendas y oficinas en León, ensayo de lo que luego sería la Torre de Valencia, y en 1974, poco antes del edificio de la Adriática en el paseo de la Castellana de Madrid, el edificio del Banco Industrial de León en la calle Serrano.

En el tercer periodo, construye menos y son obras tal vez menos vigorosas: las casas de Pozuelo y de la Moraleja, la Embajada de España en Varsovia, un hotel para la exposición Universal de Sevilla en 1992, en el

que sobre un basamento concebido en hormigón rotundo, emergen con fuerza unos poderosos cilindros blancos, y finalmente su última obra, posiblemente la mejor de este periodo final: la Biblioteca General de la Universidad de Navarra, que recuerda su primera obra en la Diagonal de Barcelona.



## La arquitectura del siglo XX y la crisis de Europa

*Lección inaugural de Apertura del curso académico 1980-1981  
Aula Magna del Edificio Central de la Universidad de Navarra. Octubre 1980*

Excelentísimo Señor Rector Magnífico, Excelentísimos e Ilustrísimos Señores, Claustro Académico y Alumnos, Señoras y Señores:

Si, con vuestra venia, comenzara a desarrollar ante vosotros las ideas que se ordenan en la lección que para este Acto Académico me fue encomendada, sin antes cumplir con el noble rito de hacer patente mi agradecimiento por el honor que de ello se me alcanza, no sólo faltaría a una constante tradición universitaria, sino también y gravemente, a la verdad que en todo momento me obliga.

Porque en verdad es honor, y honor muy alto, dirigirme a esta Asamblea que por bondad y cortesía escuchará hoy mis palabras.

Agradecimiento que se extiende a la certeza de que habéis de perdonar la osadía de que os hable de cosas que, si bien con la Arquitectura se relacionan, más allá de ella se prolongan. Osadía que tal vez sólo

alcance a velar la voluntad de atender al ruego, que en su momento me formuló quien podía hacerlo, de que aceptara el riesgo al que ahora me enfrento, desde mi condición de Arquitecto que ha estado, y sigue estando, sin desfallecer y aun desfalleciendo a veces, en las brechas de la Profesión y de la Docencia al mismo tiempo y con igual empeño, desde el día en que salí de las aulas escolares para no volver más a ellas como alumno.

Y así, contando con vuestra benevolencia, en mi compromiso me adentro.

Comenzaré por señalar, y ése será el hilo conductor de mis palabras, que la Arquitectura, noble quehacer que tanto tiene de arte como de técnica, y mucho más de Humanismo que de las técnicas y del Arte de que se vale para alcanzar sus objetivos, está atravesando una larga y profunda crisis.

Crisis oculta, mucho más trascendente que la crisis manifiesta que azota la actividad de los arquitectos, con su secuela de frustraciones y protestas, y que tal vez sea la única que trasciende a la conciencia social; la única también que preocupe, quizás, a los organismos institucionales de la enseñanza.

Crisis oculta que se traduce en contradicción, inseguridad y estupor ante lo que hay que hacer y cómo debe ser hecho, lo cual ciertamente incide, básica y lógicamente, en la crisis profesional a la que antes aludía, pero desde un plano muy distinto a las dificultades económicas coyunturales, a la tecnificación de los procesos, a la crítica de la imagen tradicional del Arquitecto que ha llegado hasta nuestros días o a la proletarización del esfuerzo y de la responsabilidad, que estamos presenciando.

Crisis oculta que no se explica ni por el fracaso práctico de las brillantes tesis sustentadas con apasionamiento en las primeras décadas de este siglo; ni por el cansancio de las formas y repertorios sustitutivos que

las acompañaron y que ahora vemos resurgir con distinta significación; ni tampoco, como algunos sustentan, por el vacío dejado por la generación de los grandes Maestros que alumbraron con sus nombres la primera mitad, al menos, de nuestra centuria.

Es indudable que todos estos factores inciden de una manera u otra y en mayor o menor grado en la crisis que nos ocupa, pero también es indudable que no son éstas sus raíces, sino sus consecuencias.

Porque la Crisis profunda que se deja sentir en todo el acontecer fáctico de la Arquitectura es crisis de cultura, que se enraíza en la Crisis del pensamiento europeo de la que estamos siendo testigos y protagonistas, para nuestro dolor, o nuestro honor, si sabemos cumplir con la responsabilidad personal y colectiva que nos alcanza y en la medida de nuestros medios y fuerzas.

El análisis de la crisis de la Arquitectura sólo puede ser afrontado, si realmente se la quiere comprender, desde su paralelismo con la crisis de la Cultura Occidental. No en balde la Arquitectura constituye uno de los más claros y constantes exponentes de las Civilizaciones, aun a despecho de la voluntad individual de quienes levantan su testimonio sobre la tierra. Es evidente que a través de la herencia arquitectónica puede leerse y aun entenderse la historia de los pueblos, de muchos de los cuales es, prácticamente, único testimonio.

Y esto es así no sólo por los datos que nos aporta, sino también porque, a través de la simultaneidad arquitectónica que nos rodea, podemos seguir sintiendo la emoción que nos produce, como algo vivo, sin metáfora alguna, en la medida en que nuestro vivir y convivir se alberga, a un mismo tiempo, en las pervivencias de un pasado remoto y en las presencias de una acuciante modernidad.

Las aportaciones de la Arquitectura de otros tiempos, y no sólo de sus obras monumentales por cierto,

tanto privadas como públicas, siguen marcando con su sello nuestra existencia y condicionando nuestro presente; no al modo como puedan hacerlo, desde las páginas de los catálogos, los anaqueles de los archivos, o las salas cronológicas de los museos, las informaciones más variadas; sino a través de una vivencia de presente, de otros tiempos que se hacen simultáneos en nuestro propio y personal devenir.

La Capilla de Ronchamp, pongo por caso, no es más real ni menos sugerente que lo pueda ser la Sainte Chapelle o el templete de Bramante; ni el Pabellón Alemán de la Exposición Universal de Barcelona, la Casa de la Cascada, o la Villa Mairea menos emocionantes ni próximos que próximos y emocionantes puedan ser, para nosotros, los Palacios Nazaritas construidos sobre las rojas colinas de la Alhambra.

Otro tanto ocurre con las tranquilas plazas y plazuelas de otros tiempos, o con las recoletas calles de los viejos pueblos y ciudades que siguen amparando nuestro caminar, despertando, en nosotros, ecos semejantes a los que despiertan nuestros pasos en las modernas ciudades por donde también discurre nuestra abrumada existencia.

El mensaje de la Arquitectura no se agota en los hombres que ven alzar sus fábricas. El estremecimiento que conmueve a quienes los contemplan, pasados decenios y centurias, sigue siendo tan personal y vivo como lo fue el que conmovió por vez primera a quienes los vieron terminar, sin necesidad alguna de saber, ni querer saber, si otros hombres sintieron emoción pareja.

Es posible que ese presentismo sea, en cierta manera, culpable de que la Arquitectura, demasiadas veces, y fuera de los 'catálogos oficiales de admiración' y de los círculos de especialistas, no sea asumida como un valor de Cultura sino, únicamente, como un mero valor de uso cuando no, pura y simplemente, como un valor de especulación económica.

Y también que las propias Escuelas de Arquitectura (y son muchas las que conozco dentro y fuera de España) desarrollen sus programas por un camino fáctico, sin que los planteamientos culturales incidan, conscientemente, en la formación de los nuevos arquitectos; como si los hechos fueran los únicos desencadenantes de nuevos hechos y éstos de otros, trenzando una cadena no interrumpida hacia el infinito histórico, sin prestar mayor atención a la fuerza desencadenante y concatenante de la idea.

De esta manera la actividad de los arquitectos y de los estudiantes de Arquitectura, lo que es más grave por lo que hay en ellos de futuro, se precipita por despeñaderos de moda, de receta, del 'me gusta' y del 'no me gusta', del 'ahora sí' y del 'ya no', de lo que se vende y de lo que no se vende, del aburrimiento o del reclamo publicitario y de la imagen; sin cuestionar siquiera el porqué de la moda o por qué se consagra un modo de hacer, o por qué existe, o no existe sintonía entre un determinado sentir colectivo y un determinado modo de hacer arquitectónico.

Esta falta de voluntad indagatoria, esta falta de profundidad en el análisis, esta falta de soporte intelectual de los comportamientos, es profundamente significativa no sólo de una banalización de las actitudes y comportamientos colectivos y por tanto de las apetencias educativas, sino también de la pérdida del sentido universitario y de la desviación de objetivos, con desprecio de la investigación y de la especulación integrada en beneficio de un pragmatismo utilitario de corto alcance y de una mera ejercitación práctica sin raíces ni justificaciones.

Es evidente que esta desviación hace difícil descubrir las razones profundas de la crisis y, por tanto, formular propuestas coherentes y respuestas adecuadas, que puedan alumbrar nuevos caminos a las necesidades y exigencias que, en el terreno de la Arquitectura, enten-

dida como valor de cultura, se formulan en nuestro momento.

Sin embargo, observando atentamente la evolución de la Arquitectura del Siglo XX no es difícil llegar al convencimiento de la existencia de esa Crisis profunda que condiciona sus manifestaciones formales y también de que esta situación no nace de la existencia de nuevas y contrapuestas formulaciones ligadas a problemas circunstanciales, sino de una profunda mutación en el orden de las ideas estructurales básicas, que se traduce en falta de planteamientos claros y da lugar (como casi siempre ocurre en situaciones semejantes) a la búsqueda de certezas que se han perdido, o a tratar de descubrir, en el pasado, lo que pudiendo ser no fue y que se ofrece, por tanto, como camino posible ante la falta de caminos.

Nuestro momento es momento de soledad y de estupor. Del pasado optimismo, de la pasada certeza de comienzos del siglo, poco queda. Y también nosotros con Jorge Manrique nos preguntamos: "¿Qué se hizo el Rey Don Juan? Los Infantes de Aragón, ¿qué se hicieron? ¿Qué fue de tanto galán? ¿Qué fue de tanta invinción como truxeron?".

Cuando buscamos en nuestro entorno la respuesta arquitectónica de nuestro momento, vemos alzarse, en inmenso porcentaje, las consecuencias lastimosas de pasadas esperanzas, tristes recuerdos de ambiciosos modelos; burlescas caricaturas de las deslumbrantes propuestas de los grandes Maestros, agostadas en la torpe repetición de las recetas, en la vergonzosa especulación de los avarientos, en la mezquina explotación de los planteamientos mínimos funcionales; o cuanto más, en un manierismo en el que se confunden imágenes formales heredadas del racionalismo y de los empirismos menos imaginativos.

¿Cómo explicar después de tanta esperanza, tanta decadencia? ¿Cómo explicar que se haya llegado a

esta situación de pesimismo y balbuceo, de dudas y regresiones? (porque regresiones son aunque se arropen con las falsas palabras de un progresismo ficticio poblado de imágenes anacrónicas). A esta situación, que la perfección y belleza de singulares y concretos edificios, que aún siguen levantándose como aislados hitos de una innegable decadencia, no pueden encubrir.

Sin querer profundizar en el largo período introducido de la Arquitectura del Siglo XX, que llevaría mis palabras más allá del marco de mi disertación, intentaré adentrarme en el análisis de la Arquitectura de nuestro siglo, de la mano del Movimiento Moderno; aun a sabiendas de que muchos matices y vías colaterales quedarán, por esta razón, fuera del análisis.

Renuncio por tanto, a ocuparme de los precedentes adivinatorios del Palacio de Cristal de Paxton, como renuncio también a recrear mi comentario en la Casa Roja de Morris y en los románticos movimientos neologistas de finales del siglo pasado y de comienzos del nuestro, precursores de las Exposiciones Internacionales de Barcelona, de París o Viena, de la Torre y los puentes de Eiffel, o de la Lonja de Berlage.

No detendré tampoco mi comentario en el quimérico sueño gaudiniano, ni en la introductoria revisión de los movimientos de Artes y Oficios (nostálgicos y renovadores al tiempo, como ocurre casi siempre con renovaciones y nostalgias), que nos llevarían, de la mano de la protesta o de la complacencia, a todos los modernismos del amplio espectro europeo, símbolos de ingenuas renovaciones y camino de búsquedas esperanzadas, en su tiempo, y en el nuestro de decadentes añoranzas.

Centraré mi análisis en el movimiento más característico y configurador de la Arquitectura contemporánea, en ese movimiento que se quiso llamar Internacional y que es universalmente conocido con el nombre de Movimiento Racionalista. Movimiento que

se enlaza con una larga cadena de precedentes entre los que se encuentran y destacan los apasionados expresionismos y los radicales y fríos purismos de los inicios de nuestro siglo, guerrero, brutal, ingenuo y apasionado como muy pocos.

Así lo haré porque con su planteamiento racional se cierra un largo proceso de esperanza, paralelo al que se cierra con la decadencia de Europa.

Aceptaré para mi análisis la ya clásica división de sus protagonistas en tres generaciones de Arquitectos que se distinguen, con características propias, dentro de un mismo marco, desde los inicios de este movimiento hasta nuestros días.

La primera de estas tres generaciones está formada por los grandes arquitectos que formularon los principios que sirvieron de soporte ideológico al Movimiento, de la *Nouvelle Architecture* que anunció Le Corbusier, y que marcó con su signo el último Renacimiento arquitectónico que el mundo ha conocido. Es la generación de la revolución arquitectónica racionalista que engloba los significados de la Arquitectura cubista y funcionalista vulgarizados por el uso.

Es la generación de los Arquitectos que abrieron los caminos a la más grande renovación arquitectónica jamás conocida, después de la cual la Arquitectura nunca volverá a los cauces anteriores. Son sus grandes hombres: Le Corbusier, Mies Van der Rohe, Gropius, Wright y más allá: Neutra, Nervi, Fuller y otros muchos, de menor incidencia y fama.

Es la generación del entusiasmo arquitectónico, difícil de comprender, me temo, para muchos arquitectos y estudiantes de la hora presente, que están viviendo esta larga hora de frustraciones, de desorientación y de crítica que nos rodea.

Es la generación del triunfalismo arquitectónico (de la Arquitectura y de los propios arquitectos), es la generación que sueña en la Arquitectura como reformado-

ra de la estructura social, como maestra de una nueva vida, y en los arquitectos como adalides de la transformación necesaria.

Es la generación que será odiada por los impotentes, que pretenden ocultar su incapacidad en el trabajo anónimo y masificado al que magnifican; los mismos que claman por la Arquitectura sin arquitecto, por la muerte del arquitecto ordenador del caos.

Es la generación que afirma la Arquitectura como factor esencial de la Cultura y a los arquitectos como rebeladores y maestros de un orden nuevo.

Es la generación del entusiasmo y del optimismo.

Para esta generación, la Arquitectura, desde el imperio de la razón del método, moldea y mejora, o al menos debe intentarlo, la vida del hombre.

Para ella, la Arquitectura, en su propia esencia ordenadora y constructora y a través de las inmensas posibilidades que le ofrecen las modernas tecnologías, tiene como misión permanente revisar y remodelar la realidad social, llevando como bandera un constante mensaje de progreso indefinido. Mensaje que se expresa en la renovación de los signos formales de la Nueva Arquitectura, rechazando el valor simbólico de las formas arquitectónicas del pasado y sacrificando, a los imperativos de un frío razonamiento, las peculiaridades y características de las culturas locales, a la búsqueda de un mundo unificado, donde la Industria y la Técnica hagan posible una misma respuesta a los problemas de la humanidad, sin distinción de lugares ni de pueblos.

¡Cuántos ecos de manifiestos proféticos y utópicos resuenan en esos planteamientos!

A esta generación, sigue la segunda, admirativa y crítica al tiempo, que convivirá y colaborará activamente con sus Maestros, de los cuales separan, no sólo su cronología (todos los principales hombres de este Grupo: Aalto, Kahn, Breuer, Johnson, Saarinen y Tange, entre otros, nacieron entre el inicio del siglo y el comien-

zo de la Guerra Europea de 1914, en tanto que sus Maestros vieron la luz sin excepción, antes de comenzar el siglo XX) sino también su actitud frente al exclusivismo racionalista de los criterios que debían regir el proceso proyectual según sus predecesores. Si la primera generación desarrolló su máxima actividad teórica y creadora entre los años 20 y 30 de nuestro siglo (aun cuando por su brillantez dominaron hasta su muerte el panorama de la Arquitectura mundial, haciendo alcanzar a la Arquitectura un momento de plenitud sólo comparable a los más grandes de su historia), la segunda generación aportará su concurso en los años de la postguerra, amarga y dura, que siguió a la Segunda Guerra Mundial (que nadie llamará, como a la Primera, Guerra Europea) y que se alargará hasta la década de los años cincuenta.

Todo era ya muy distinto. Los tiempos ya eran otros.

En los años juveniles de la Primera Generación, Europa vio elevarse, sobre las ruinas de los Imperios Continentales, la utopía totalitaria en su doble vertiente marxista y nacional y terminar para siempre, con los Romanoff, los Habsburgo y los Hohenzollern, el esquema del Antiguo Régimen renovado en el Congreso de Viena.

La estructura de Europa, que los grandes Maestros de la nueva Arquitectura alcanzaron a ver aún en pie en sus años jóvenes, fue removida hasta los cimientos; desaparecieron naciones que habían sido consustanciales con la idea tradicional de Europa desde su mismo alumbramiento y aparecieron en su lugar entelequias nacidas sobre las mesas de los Tratados que presidieron los juveniles ímpetus, ingenuos y generosos, petulantes y avariciosos del Nuevo Imperio Americano, en tanto que de las cenizas del águila bicéfala de la Santa Rusia crecía, sin que casi nadie se enterara lúcidamente de su profundo significado, y sin formar parte de los vencedores, una nueva y gigantesca fuerza que negaba y sigue negando en su propia esencia las dos

tradiciones constitutivas de Europa: la que se enorgullece del nombre de Cristo y la que se sabe heredera del genio de Roma.

Es la hora de las grandes promesas revolucionarias, no sólo en todas las Rusias, sino también en Hungría, en Alemania y, por reflejo, en toda Europa. Al filo de los años treinta también España, una vez más con retraso, vivirá la misma experiencia.

El arte estrena en Europa todos los 'ismos' que ponen fin a los antiguos cánones: dadaísmo, surrealismo, cubismo y tantos otros, son palabras cargadas de ilusiones. El automóvil y el avión irrumpen definitivamente en la vida cotidiana de la nueva sociedad, y la técnica inicia fabulosas y aceleradas experiencias en todos los campos. Son los años del optimismo. El viejo Régimen ha sido definitivamente abatido; los antiguos tiranos ya no reinan; ha sido aniquilado el oscurantismo; el opio del pueblo pronto dejará de nublar la mente de los hombres libres; el mito del paraíso soviético se ofrece como una inmensa esperanza; la máquina se anuncia como una liberación y la Ciencia como una panacea de progreso indefinido.

Poco durará el sueño.

Nuevas tiranías jamás imaginadas aparecerán en los confines de Europa y, con ellas, formas de coacción del pensamiento y de la creación artística como nunca existieron; terrores y nuevos dogmatismos acabarán con esperanzas y utopías. La Guerra llega y, al terminar, pocas ilusiones alumbrarán en Europa la nueva paz.

Tanto Inglaterra, el último imperio que aún se pudo llamar europeo, como Francia, heredera de la tradición Revolucionaria y del Imperio Napoleónico –frutos de la Reforma y de la Enciclopedia–, aun figurando en las filas de los vencedores habrán perdido su hegemonía mundial, y abandonarán muy pronto, vergonzantemente, cerradas las puertas de Yalta, la gran escena de la Historia.

La guerra fría entre los dos grandes vencedores extracontinentales cubre de sombras y temores el futuro de Europa. El peligro atómico, la revolución mundial, el despertar de China, no dan pie al optimismo en la Europa de la postguerra, esa Europa que en muy breve plazo será arrojada de África y de Asia, con la complicidad de los aliados americanos.

Europa, sin posibilidad de duda, ha sido la gran vencida de la Segunda Guerra Mundial. Contrapone al optimismo del progreso indefinido de la Ciencia y de la Técnica, como liberadoras del hombre.

El progreso económico y el progreso racionalista no se presentan ya como promesa de perfeccionamiento humano; y la pérdida de los valores morales tradicionales del pensamiento europeo pone en entredicho a la Sociedad del bienestar, que se quiere presentar, al margen de todo criterio ético, como una esperanza de felicidad y de progreso.

Europa ha dejado de ser rectora del Mundo y de sí misma.

Europa se repliega, falta de vitalidad propia. Perdido el antiguo vigor se apoya en unos y otros, acepta un papel secundario y se convierte en campo de lucha de intereses encontrados que ya no son los suyos.

La Unión Soviética y Norteamérica, nuevos poderes mundiales nacidos de la Primera Guerra Mundial y confirmados al finalizar la Segunda, miden sus fuerzas sobre el cuerpo del viejo Mundo que ha pasado de señor a mendigo, y que, como dirá Toynbee, en su caída excita la venganza de quienes, hasta ese momento, han sido las supuestas víctimas de la constante 'agresión' universalista del pensamiento europeo.

¿Cómo extrañar dentro de este terrible panorama que la Arquitectura refleje el impacto de tan dramática circunstancia?

Es, precisamente, en este momento y en este contexto histórico, cuando aparece con perfiles propios, la

Tercera generación de Arquitectos del Movimiento arquitectónico que había nacido de la revolución industrial.

En ella, por primera vez, los nombres más significativos no son ya mayoritariamente europeos. A ella pertenecen hombres nacidos en el período de entreguerras: Rudolph, Utzon, Kevin Roche, Frei Otto, Venturi, Stirling, Andrews, Kurokava, Alexander, Moshe Safdie, Rossi, Meyer, Eisenman, y otros muchos de muy distintas procedencias.

He señalado hasta aquí la coincidencia cronológica de tres grupos generacionales de Arquitectos, con tres etapas decisivas de la evolución de Europa a lo largo de nuestro siglo.

¿Cuál es el significado profundo de esta coincidencia? ¿Cómo se articula en este paralelismo la crisis del pensamiento arquitectónico contemporáneo?

Los grupos generacionales que hemos considerado, de alguna manera dividen al siglo XX, por lo que a la Arquitectura se refiere, en tres períodos separados por dos grandes fronteras que podemos hacer coincidir, convencionalmente, con los años 30 y 60 de nuestra centuria.

Antes del año 30, la primera generación planteará las bases de la gran renovación arquitectónica y escribirá, proyectará, y construirá sus obras más significativas. Entre los años 30 y 60, la Segunda Generación, conviviendo con sus Maestros y mostrando un profundo respeto hacia ellos, formulará su crítica y sus propios postulados en los que alientan simultáneamente la continuidad y la revisión de la etapa anterior. A partir de los años 60, la Tercera Generación, marcará nuevos rumbos y pondrá definitivamente punto final a la aventura iniciada por la Primera Generación, convertida ya en historia para el recuerdo y también para la nostalgia.

La Primera Generación, ligada estrecha y directamente a la tradición de los pioneros de la modernidad,

formuló sus ideas, imaginativas y creadoras, profundamente polémicas, con una absoluta convicción racionalista y un optimismo desbordante, hijo de la idea utópica del progreso ilimitado y del mito de un mundo nuevo, superador del viejo orden.

La Segunda Generación hace suyos muchos de los planteamientos de la precedente, a la cual se enfrenta sin negarla, dentro de la revisión cultural del racionalismo que, sin rechazar la virtualidad de la razón, pone en duda su valor normativo absoluto, a la luz de las catástrofes y fracasos con que se cierra la primera mitad del siglo; reconoce el valor del sentimiento como vía para el conocimiento de la verdad y, en el terreno específico de la creación arquitectónica, invoca a la intuición poética como fuerza propulsora de la creación y como factor de corrección de los estrechos caminos, los rígidos dogmatismos y los esquemáticos planteamientos proyectuales nacidos del juego estrictamente racional.

La Tercera Generación ya no pondrá énfasis alguno en la antítesis razón-sentimiento, asumiendo, simultáneamente, los planteamientos de las dos precedentes, buscando una síntesis superadora dentro de un pluralismo que ya nada tiene que ver con el doctrinarismo universalista del primer racionalismo arquitectónico. El enlace de esta Generación con el pensamiento cultural de Occidente, en este momento de decadencia, se asienta precisamente en ese abandono de las formulaciones normativas universalistas que fueron desde el nacimiento de la idea de Europa, factor constante y configurante de su propia esencia. Los arquitectos de la Tercera Generación son conscientes de que ya no existe, en su momento, fuerza hegemónica alguna capaz de reducir a la unidad, la pluralidad de las opciones.

Esta marcha desde el optimismo triunfalista hasta el pesimismo nostálgico e insolidario al tiempo, no es sino un reflejo de la hora crepuscular de la Historia de

Europa. La Europa esperanzada, brillante, de los años 20 nacida de la utopía filosófica racionalista y de sus consecuencias ideológicas, políticas y tecnológicas, no se correspondía con la realidad, y la inmediata historia lo pondría de manifiesto con brutal elocuencia, en tanto una larga secuencia de contradicciones e incertidumbres aparecían como signos inequívocos de una profunda crisis cuyas consecuencias estamos viviendo tras su larga marcha.

El pensamiento racionalista, alejado del sentimiento y de los valores éticos, morales y religiosos de raíz cristiana, no ha dado a la humanidad ni la felicidad que prometió, ni la paz que anunciaba, ni ha hecho al hombre señor de su destino.

El progreso se ha quebrado en el dolor y en la angustia.

El hombre no aparece después de tantos años de promesas y esperanzas como dominador de su propio mundo y las liberaciones ansiadas se resuelven en nuevas formas de tiranía nunca presentidas.

La especulación físico-matemática de lo concreto y mensurable, abocada a un constante presentismo experimentalista negador de toda trascendencia, sin razones morales para el acontecer, lleva a la manipulación de la libertad humana. A partir del fin de la Guerra Mundial, el terror atómico empleado para alcanzar la victoria se proyecta, como una angustiada realidad, sobre el destino cotidiano y colectivo de los hombres.

En los veintidós años que separan las dos guerras mundiales, la crisis del pensamiento racional había llegado a sus últimas consecuencias intelectuales.

El drama del último conflicto marca el fin del ciclo racional –aunque sus consecuencias se sigan extendiendo en el medio siglo que le sigue– después de haber configurado básicamente el pensamiento europeo moderno a partir de la Reforma.

De igual manera que los clamores de libertad de la Revolución de Octubre: "¡Hermanos, Cristo ha resucitado!", terminan en la persecución religiosa, el hambre, el destierro o la muerte; la Declaración de Derechos Humanos nos llevan al espanto de Hiroshima y Nagasaki, y la 'indeclinable' autodeterminación de los pueblos a las migraciones forzadas de Carelia y Prusia Oriental, a los repartos de Alemania y de Polonia, a la desaparición de los Estados Bálticos y a la satelización de la mitad de los pueblos de Europa.

El cientifismo progresista termina, por el momento, en la bomba de neutrones; la industrialización liberadora en la esclavización del hombre por la máquina y en la contaminación que amenaza la tierra y los mares, en tanto los niños-probeta lloran ya su orfandad infinita.

Sin duda, el racionalismo ofreció la posibilidad de establecer un orden claro y riguroso, mensurable y previsible, que tenía en la ciencia y en la industria su tierra de promisión, en la democracia política su mito; pero han sido demasiados los monstruos engendrados por el sueño de la razón para que Occidente pueda seguir aceptando como válido su brutal exclusivismo.

El hombre occidental, desde lo más profundo de su subconsciente, siente en la realidad de su propio existir el clamor de componentes pánicos y telúricos que lo reclaman sin intervención de la razón, y la necesidad del misterio de lo religioso que se manifiesta como necesario componente liberador de la inmanencia que lo esclaviza. El hombre occidental hace suyo el pensamiento de Pascal, cuando dice que conocemos la verdad no sólo por la razón sino también por el corazón; como él, sabe que es inútil que el razonamiento, que no tiene parte en ellos, trate de combatir los primeros principios.

No es una negación de la razón, pero sí una superación de su exclusividad rectora.

No es una negación de la razón, pero sí del racionalismo y la liberación de su tiranía.

Por todo ello, no es casualidad que la llamada revolución arquitectónica que se corresponde con la Primera Generación, sea conocida también con el nombre de Movimiento Racionalista; como tampoco lo es que reconociera sus orígenes en la revolución industrial, el positivismo científico y en las utopías totalitarias; consecuencias de los planteamientos racionalistas y científicos del siglo anterior, que reducían al hombre total, imagen y semejanza del Creador, a un mezquino esquema despojado de componentes emocionales, intuitivos y poéticos.

Como no es casualidad que la Crisis racionalista esté presente en la génesis de la revisión crítica de sus puntos de partida, y que la Segunda Generación apareciera, como tal, precisamente en el momento en que la crisis del ciclo del pensamiento racionalista se manifiesta de forma patente de tal modo que marcará su diferencia respecto a la primera en la negación del frío y exclusivo sometimiento de los planteamientos arquitectónicos a la razón.

Y de la misma manera que fue perfectamente coherente que la Primera Generación, desde la lógica de sus planteamientos racionalistas, encontrara en la industria y en sus procesos y resultados los paradigmas de sus formulaciones y las ideas directrices de su propia dialéctica y acción, lo es también que la Segunda Generación rechace la exclusividad de estos esquemas, al comprender la necesidad de incorporar el sentimiento a las simplificaciones y rígidas exigencias de la razón.

Es evidente que la quiebra de la Arquitectura racionalista se produce precisamente cuando la humanidad comienza a constatar con temor que en las consecuencias del culto a la razón, con olvido de los valores del espíritu, están las raíces y posibilidades de turbadoras perspectivas. Y es lógico que ese frío mundo del racionalismo arquitectónico, voluntariamente desprovisto de imponderables y emociones, se presente a los

Arquitectos como algo que debe ser revisado. Porque ya no pueden seguir viendo; ni en el transatlántico la prefiguración, esquemática y fría, de una nueva forma de comunidad de habitación; ni en la casa una máquina de vivir. Porque ya no puede presentarse como satisfactorio el paralelismo entre los productos seriados y anónimos de la industria y la compleja y apasionante realidad de la vida del hombre. Es excepcionalmente revelador el hecho de que en plena crisis de Europa, terminada la Segunda Guerra Mundial, con las ruinas aún humeantes sobre el Continente, uno de los más brillantes arquitectos del Movimiento Racionalista, al recibir del Padre Le Couturier, el encargo de construir la Iglesia de peregrinación de Nuestra Señora de Ronchamp, proyectara la menos racional de sus obras, y también la más poética.

Aunque sus más ciegos admiradores y discípulos no quisieran reconocerlo entonces, lo cierto es que Le Corbusier captó esa profunda mutación cultural que estaba tomando cuerpo en su entorno. Renunciando a muchas de sus palabras, dio una de las mayores lecciones de su vida de Maestro al someter, desde su libre voluntad de creador, los imperativos de la razón a los imperativos del sentimiento religioso, dentro de la pura emoción estética.

Pero si esto sucedió por la fuerza del genio de Le Corbusier, que pudo y supo traspasar los límites de su propio tiempo, no ocurrió otro tanto con los demás Arquitectos de su generación quienes, como Gropius o Mies Van der Rohe, labraron la estatua inmóvil de su vida con los invariados códigos de sus rígidos razonamientos.

El prólogo de Ronchamp, reflejo del drama íntimo de un gran Arquitecto de la Primera Generación, abre las páginas del libro de la Segunda.

Todas las intuiciones latentes, todas las certezas presentidas, todas las angustiadas adivinaciones encontrarán en el pensamiento de Soren Kierkegaard y más

tarde en las palabras de Martin Heidegger y en el discurrir de Sartre o de Marcel, con distintas posiciones, los heraldos anunciadores de que el Genio de Europa había vuelto a descubrir, pasado el tiempo y por la fuerza del dolor, que la razón no es la medida universal del conocimiento del bien, de la verdad, de la belleza y del amor.

La razón, después de dos largos siglos, se repliega de sus posiciones de preeminencia.

La vida compleja y misteriosa clama sin que la razón sepa formular la realidad profunda del existir.

Un sentimiento poderoso dice con renovado vigor que la existencia no se agota ni explica en el razonar de la existencia.

Cada hombre tiene la certeza íntima de su existir, aun cuando nada ni nadie (sino la Fe, diremos nosotros desde nuestra identidad cristiana) pueda explicar qué cosa sea la existencia que alienta en todos los hombres. Aliento que está por encima de toda razón, de toda confrontación, de toda especulación, de toda incertidumbre.

El hombre, cada hombre, conoce su existir y la certeza de la angustia que conmueve su ser ante la muerte, que brota del no saber qué cosa sea el existir y de que nadie (sino la Fe, diremos nosotros) pueda explicarle el porqué de la existencia, dónde comienza y cómo termina, de dónde viene y a dónde va.

“Bienvenida hermana muerte, porque contigo cesará la angustia al cesar la existencia” nos dirán algunos, pretendiendo ocultar su incertidumbre con fingidas certezas que nadie puede darles. “Bienvenida hermana muerte, que abres las puertas que funden nuestro existir en Dios” diremos nosotros desde la Fe.

¡Qué lejos queda la diosa Razón!

¡Cuánto camino recorrido!

Todo un mundo de ideas ha entrado en crisis.

Una seguridad agostada se retira y una renovada seguridad se abre camino.

¿Cómo, entonces, puede extrañarnos que se haya hecho problemático el planteamiento racional de la Arquitectura y surja en las mentes más claras un clamor que exige su revisión?

Aalto, Kahn, Breuer, Johnson, Saarinen, entre otros serán los primeros en percibir la necesidad del cambio.

De forma clarividente advirtieron que el racionalismo arquitectónico, del que se consideraban herederos, debía superar sus postulados con la incorporación de la emoción. Entendieron que, sin negar la tradición racionalista de que partían y a la que en gran medida siguieron ligados toda su vida, debían enriquecerla con nuevos aportes sensibles.

Y así lo hicieron desde sus singulares posiciones, llámense éstas, por los catalogadores críticos, neoempirismo, organicismo, vitalismo, brutalismo o poética expresiva.

En su pensamiento y en su voluntad no se trató de un enfrentamiento radical con distintas maneras de pensar, ni de negar las aportaciones de un pasado próximo del cual partían aun cuando ya no lo compartieran absolutamente.

La casa, la ventana, la escalera, la cocina, la silla o la ciudad, servirán de cauce a la belleza formal, entendida no como excedente o subproducto de la funcionalidad, sino en su auténtico valor, condicionante de la forma.

Al término de los años cincuenta, Europa, después de larga y angustiada postguerra, llegó al convencimiento de que las dos últimas e insensatas guerras que azotaron al mundo y asolaron su Continente no habían traído una era de paz, ni de serenidad, ni de justicia.

A nuestro siglo, jalonado de innumerables desilusiones y frustraciones colectivas, nacido entre las irresponsables frivolidades de la *belle époque* y testigo de

crueldades sin cuento, le estaba reservado el destino de presenciar el fin de la hegemonía europea en el mundo.

Este hecho no puede ser considerado como una simple modificación, más o menos importante, en el equilibrio político-militar del mundo, sino como una situación absolutamente diferencial respecto a toda la historia precedente y, por tanto, de consecuencias culturales infinitas.

Por primera vez en veinte siglos, desde el nacimiento del concepto cultural de Occidente que tiene su génesis en la asunción del cristianismo por el Imperio Romano, Europa abandona su posición rectora hegemónica, dejando a la cultura europea desasistida e inerte (y que nadie se escandalice al recordar la permanente relación histórica que existe entre la Cultura y la fuerza).

Y al tiempo que se consuma esta dramática situación, las dos ideologías europeas contemporáneas, nacidas de Europa y contra ella enfrentadas: Capitalismo y Marxismo, formulan sus tesis desde distintas posiciones y puntos de partida, basadas en conceptos materialistas enfrentados al cristianismo, circunstancia y permanente raíz de la cultura europea.

Se trataba de ensanchar el estrecho campo del racionalismo arquitectónico, dogmático y doctrinario, demasiadas veces ensombrecido por planteamientos políticos sectarios y sectorizadores.

Se trataba de enriquecer el riguroso academicismo de los Maestros con una nueva poética, como palanca y motivación del quehacer arquitectónico. A partir de esa toma de posición, la función no será ya la exclusiva condicionante de la forma en el proceso proyectual y la poética entrará de nuevo a considerarse componente estético esencial de la Arquitectura.

Porque si la función puede, y de hecho lo hace, condicionar y estar presente en el origen de la forma,

también la forma sugiere y motiva funciones y comportamientos, y puede ordenar la génesis del proceso de proyecto. De esta manera, la intuición creadora y la emoción formal han sido reconducidas a las motivaciones de la composición, después de un largo silencio de asepsia racional, que esterilizó muchas posibilidades al ocultar, con vergonzante e infundado pudor, las motivaciones transracionales que, queriéndolo o sin querer, habían alentado en todas las obras más relevantes del racionalismo arquitectónico (como no podía ser de otra manera por la naturaleza misma de la creación).

La casa no será ya tan sólo máquina de vivir; la ventana ya no será únicamente para la Segunda Generación, como lo fue para la Primera, respuesta técnica a una exigencia de luz, de ventilación o de evasión hacia el mundo exterior; ni la escalera mero instrumento de relación funcional; ni la cocina laboratorio; ni la silla, mero soporte; ni el espacio, receptáculo de concretos usos; ni la ciudad, confuso mosaico de sectorizados ghettos de comunidades insolidarias.

Nos hemos situado en el vértice mismo de la Crisis que conmueve al mundo: ruina de la tradición europea y aparición de nuevas explicaciones del hombre frente a la concepción cristiana. Dos situaciones absolutamente inéditas en veinte siglos de Cultura Occidental.

¿Cómo influirá esta tremenda conmoción en la evolución de la Arquitectura contemporánea?

Hasta este momento he señalado en esta evolución la incidencia de la crisis del pensamiento racionalista, como repulsa de sus inmensos fracasos, y el abandono –o cuando menos distanciamiento– de tesis arquitectónicas que la realidad fue rodeando de frustraciones y desprestigio.

A partir de ahora, señalaré el abandono de los planteamientos universalistas, característicos de la Cultura europea, como consecuencia de la permanente presencia cristiana en su pensamiento profundo, tal

como el propio Toynbee ha señalado en algún momento, por influjo del mandato evangélico de «id y predicad a todas las gentes»; mandato que ha hecho de la cultura europea (Occidental, por extensión) la única cultura con vocación de expansión universal.

A partir del fin de la década de los años cincuenta, la Primera Generación se va alejando convertida en un mito de universales resonancias. Pero no es sólo ella: la Segunda Generación también comienza a enfrentarse con los signos de su propia decadencia. La trágica realidad de la derrota de Europa, que tiene su fecha en 1945, se manifestará de manera inequívoca diez años más tarde.

Al fin de la década, desaparecido el falso mito de los Cinco Grandes en beneficio de dos únicos poderes mundiales enfrentados; consumada la retirada inglesa de su Imperio de la India, de Birmania y del Medio Oriente; liquidado el Imperio francés de África y sustituida su presencia en Indochina por la influencia de los EE.UU.; fracasada la sublevación húngara a la búsqueda de la libertad; abandonado el Congo por Bélgica y el Imperio de las Indias Orientales por Holanda, nadie podía seguir ignorando el hecho cierto de que había sido Europa, toda Europa, la gran vencida y la gran perdedora colectiva del reciente conflicto; ni nadie podía tener duda ya de su inmenso desastre histórico, más allá de las falsas palabras de la propaganda y del disimulo.

La victoria aliada no había sido ciertamente victoria inglesa ni de Francia, como no lo había sido tampoco de Holanda ni de Bélgica, a pesar de los desfiles conmemorativos y de los cantos vencedores. Como tampoco la democracia había triunfado contra el Totalitarismo a pesar de cuanto desde entonces se venga diciendo en este sentido, para ocultar la verdad y abrumar nuestra cansada paciencia.

La derrota, la total derrota, fue sin eufemismo, la derrota de Europa.

La Victoria, toda la Victoria fue para las dos nuevas grandes potencias mundiales extraeuropeas: el imperialismo americano y el totalitarismo soviético, el mayor y el primero de los totalitarismos.

Las alianzas circunstanciales enfrentaron a países europeos, es cierto, pero todos pagaron, por igual, el tremendo error de su discordia con el peso de la derrota, al margen de las ocasionales razones de la contienda, al margen de sus divergentes planteamientos políticos, al margen de la eventual justicia de sus causas.

Polonia, Austria, Hungría, Checoslovaquia, Rumanía, Bulgaria, o los países Bálticos, no son más que un largo rosario de confirmaciones de esa verdad de la que tan poco se habla, pero que difícilmente puede discutirse, y que pone de manifiesto, de forma evidente al terminar los años cincuenta, el fin de la hegemonía europea en el mundo, y con ella la liquidación de los viejos sueños de unidad desde la realidad de Europa.

Sueños de unidad de la eterna Roma, señora del mundo; de la nueva Roma, renacida en Bizancio, sobre las riberas del Bósforo a caballo de los Continentes; del viejo Emperador de la barba florida coronado en Aquisgrán por el Siervo de los Siervos de Dios; del César Carlos soberano de España y de Alemania, de la Borgoña y de Flandes, del Milanesado y el Franco Condado, de las dos Sicilias y de tantas y tantas tierras de más acá y más allá de las aguas de la mar Océana, desveladas por la aventura de las naves de Castilla. Sueños de los Habsburgo españoles herederos y señores de los fabulosos reinos de las fabulosas Indias; o de los Habsburgo austríacos señores del Danubio, defensores de las tierras de Europa frente al Turco, artífices de aquella difícil y quimérica Austria feliz que llegó casi hasta nuestros días. Sueños de la Francia de la Flor de Lis, de la Ilustración del Centralismo, de la Enciclopedia y de la Razón, del Pacto de Familia y los Reinos fiduciaros en que fueron realmente convertidos los antiguos

florones de la Corona española bajo la Casa de Borbón; Sueños del Emperador soldado de Austerlitz y Waterloo, de la voraz Inglaterra depredadora de los viejos reinos europeos antes de serlo también de América, de África y de Asia y de Oceanía; sueños del Segundo y Tercer Reich alemán, y de la nueva Roma soñada en la plaza de Venecia con anhelos de Imperio sobre tierras africanas.

Sueños aventados para siempre.

Con la derrota de Europa, quedó abierta la puerta al ocaso de la hegemonía de su pensamiento y de su peculiar manera de entender la Cultura y la Historia del Mundo, sin el apoyo de su poder.

No es casual que el esplendor de Atenas coincida con el esplendor de Pericles, ni que Roma expanda su cultura al compás de sus legiones sobre las calzadas del Imperio; así ocurrió con la cultura española hermana de las carabelas, de los Tercios y de aquellos hombres que fueron centauros. Ni es casual la extensión de la cultura francesa bajo las lises y los aguiluchos; ni la de Inglaterra soportada por sus escuadras.

Durante veinte siglos, la historia universal se había forjado desde la perspectiva europea. Durante veinte siglos, clasicismo y cristianismo, los dos componentes esenciales del Genio de Europa habían cumplido la misión de civilizar al Mundo.

¿Pudo haber sido de otra forma? ¿Pudo ser mejor otro camino? Preguntas vanas, así fue y así ha sido.

Para nosotros europeos, hacedores de Europa y de su gigantesca aventura de gloria, de honor y de cultura, la crisis de Occidente tiene peculiares acentos y resuena con dramáticos ecos en nuestra entraña más íntima. Tal vez lo más desolador de esta hora de tinieblas es que los europeos contemplen desde fuera de su propio ser, desde la perspectiva que quieren hacerles aceptar sus vencedores, las razones y, consecuencias de este cataclismo.

¿Cuándo los hombres de Europa nos enfrentaremos desde la afirmación de nuestra propia entidad cultural con el análisis de la crisis y la superación de este drama?

¿Cuándo abandonaremos la posición de los vencedores para analizar nuestra derrota?

Porque es preciso ponerse de nuevo en pie, y no sólo por defensa de nuestra entidad o voluntad de superar nuestro ocaso; sino porque el mundo sigue necesitando de Europa y a la vista está. Siguen resonando las palabras de Spengler: ...y cuando ese día llegue (el de la derrota de Europa), será también el día de la decadencia de Occidente, falto del eje de su constante historia y huérfano de toda norma coherente, totalizadora y profunda.

La historia del pensamiento y de la acción universal ha sido desde hace veinte siglos, al menos, y hasta nuestros días, historia del pensamiento y de la acción de Europa, y decir Europa es como decir Occidente cristiano.

Pudo ser de otra manera, pero así ha sido.

De un Occidente cristiano que se siente heredero de Micenas y Tirinto, de Alejandro y de César, de Grecia y de Roma, de las civilizaciones egeas y, por su camino, de Egipto y de Asiria, de Caldea y de Sumeria.

Podrá intentarse contar la historia universal desde una distinta perspectiva, pero la Cultura europea ha marcado su impronta en todos los lugares de la tierra, hacia el pasado y hacia el futuro.

Pudo ser de otra manera, pero así ha sido.

La misma historia del Pueblo de Israel, a través de la raíz judía nuestro cristianismo, ha sido incorporada a la historia de Occidente.

Y la historia y la cultura de las tres Américas es historia europea porque sus propias emancipaciones no son sino luchas civiles europeas: de acá y de allá de los mares, pero no de pueblos enfrentados por tradi-

ciones y culturas contrapuestas. Y sus culturas e historias precolombinas no son sino prehistoria y precultura de sus pueblos.

Incluso la historia de las recientes independencias africanas, no son reflejo de la cultura europea, tanto por los hombres que forjaron su libertad y que se formaron las más de las veces en las Universidades Europa, como por los hombres que desde la crisis de Europa las hicieron posibles.

Europa, desde hace veinte siglos, trenzaba el cañamazo sobre el cual se tejían, o se interpretaban, las historias de todos los Continentes.

Pudo ser de otra manera, pero así fue.

Consciente o inconscientemente, reconociéndolo, o sin querer reconocerlo, una inmensa orfandad y también una inmensa nostalgia conmueve al mundo.

No importa que el odio aliente las desatadas pasiones.

Ni siquiera la venganza contra *la gran agresora* que rompe los mecanismos del prodigioso artificio de la cultura de Occidente, puede hacerse fuera de las ideas y las palabras de Europa, y quienes odian, y quienes se vengán, lo hacen desde la herencia de Europa.

Qué alejado parece este discurrir de nuestra intención arquitectónica... y sin embargo, ¡qué próximo!

La Arquitectura Occidental se trenza inseparablemente en su fabulosa Historia.

Las imágenes plásticas de esa larga marcha se corresponden con frontis y arquitrabes, con columnatas y pórticos, con bóvedas y contrafuertes, con botareles y arbotantes, con ojivas y torres, con cúpulas y pórticos, con metálicas estructuras, con acristaladas fachadas.

La otra Arquitectura, la alzada en otros Continentes, sin saber de Europa, permanece estática, encerrada en su inmóvil grandeza, sin alumbrar a otras tierras que las de sus propios confines guardando el misterio de su propio nacimiento, como culturas marginales... (pudo ser de otra manera... pero así fue), de una cultura desbor-

dante que hoy mismo marca con su huella todos los países de la tierra.

Pero... ya no existe hegemonía europea.

Ya no existe fuerza capaz de respaldar su Cultura. Ya no hay admiración sino voluntad de revancha.

Ya no hay voluntad de universalidad, sino de afirmación de mínimos hechos diferenciales.

Tras la derrota de Europa la posibilidad, y aun la voluntad, de imponer o admitir modelos culturales de universal cumplimiento, apenas existe; y prevalece la idea de un pluralismo cultural, que esconde en verdad una voluntad de desplazar el centro cultural europeo a otros centros hegemónicos, en determinados casos de dudosa cultura.

Este es el duro precio que paga Europa por la pérdida de su poder, por la pérdida de su propia entidad, por la pérdida de su fe en la virtualidad de su propio Genio, por haber abdicado, de utopía en utopía, de ceguera en ceguera, de su íntima voluntad universal.

Hay quien piensa que ésta es su última grandeza, la de renunciar de sí misma para alumbrar un Mundo Nuevo.

No estoy demasiado convencido de ello... porque resuena aún en mí, un pensamiento oído a Pablo VI, hace ya muchos años: «sólo somos eficaces cuando somos fieles a nosotros mismos, sólo cuando empleamos nuestras propias palabras».

Dentro del doble marco de la revisión racionalista y del abandono del universalismo voluntarista de la Cultura Europea, se inserta el pensamiento de la Tercera Generación de arquitectos que debemos considerar para terminar nuestro recorrido. El pensamiento arquitectónico de nuestro siglo ha pasado desde el dogmatismo de la primera Generación –que imprimió su carácter a toda la Arquitectura de su tiempo, y del cual también participó el enriquecido esquema poéti-

co de la Segunda- a una actitud de rechazo de todo valor universal.

La situación de crisis de nuestro mundo nos muestra una romántica eclosión de voluntades diversificadoras, fragmentarias y muchas veces anárquicas, notablemente incoherentes, por cierto, con determinadas voluntades homologadoras de universal imposición de ideas sociales y políticas. Y todo ello en el momento en que el mundo, gracias a los modernos medios de comunicación y a los avances tecnológicos de transporte, se hace más pequeño; y cuando la resonancia de todo cuanto es y acontece en la tierra y mayores son las interrelaciones, exigen el crecimiento y desarrollo de los problemas de la humanidad.

Son estas las tremendas contradicciones de nuestro Mundo, que nos plantea la Crisis que estamos viviendo y que será preciso resolver rompiendo el cerco de las antinomias que nos rodean. Reto que implica la compatibilidad de lo que aparece como contrario conjugando al propio tiempo diversidad y unidad, sociedad e individualidad, razón y sentimiento, privacidad y comunidad, universalismo y especificidad, inmanencia y trascendencia, libertad y autoridad, y tantos otros antagonismos frente a los cuales sólo hemos sabido, hasta el presente, tomar un único partido, tal vez sin parar en que, como señaló Niels Bohr, «lo opuesto a una verdad profunda puede, muy bien, ser otra verdad profunda».

Dentro de este complejo cuadro, los arquitectos de la Tercera Generación -a la cual pertenecemos los arquitectos de mi edad y también muchos de los que han sido nuestros alumnos- comienzan a pensar que no se trata tanto de encontrar entre el haz de soluciones posibles, la única opción legítima de aplicación universal excluyente de todas las demás; sino de hacer posible la compatibilidad entre soluciones distintas, y aun opuestas, al modo y manera que se reclaman y expli-

can la sístole y la diástole para hacer posible la continuidad de la vida.

Para quienes así piensan, sólo en la medida en que se sepa asumir la quiebra del principio de exclusión, se podrá construir un mundo plural, que poco tiene que ver con las medias tintas, con el encubrimiento del propio pensamiento, con el compromiso donde todo cabe, sino con la compatibilidad necesaria y deseable de ideas complementarias y con el entendimiento de la imagen y semejanza de Dios desde la compleja pluralidad de nuestra íntima identidad diferenciada.

Es cierto, sin embargo, que al mismo tiempo que nuestro mundo clama por la unidad, algunos con gesto romántico pugnan por rechazarla, recurriendo incluso a la fuerza. Ante esta situación es preciso comprender que unidad y pluralidad no pueden ser consideradas con la anacrónica dialéctica de la exclusión, sino que la unidad debe ser considerada como una enamorada voluntad de coordinación y la pluralidad no como un odioso enfrentamiento. A esta línea de pensamiento responde la pluralidad antinormativa de la Tercera Generación, que estamos considerando para ilustrar este análisis.

Mucho han cambiado las cosas a lo largo del siglo, desde que Le Corbusier, en el centro de su apasionada polémica, lanzó su arenga de Verdún para la reconstrucción de Europa, después de la guerra del catorce, con acentos de mandato universal que trascendía de nuestro devastado Continente.

“Tenemos que industrializar. Tenemos que crear el espíritu de la producción industrial en serie. Tenemos que crear el espíritu de las cosas producidas en serie...”. Hoy, desde el centro de África o desde cualquier país del Tercer Mundo, nos llega el clamor de una pregunta que es respuesta:

¿Producir en serie? ¿Industrializar? ¿Con qué industria? ¿Con qué industria? nos preguntan desde cualquier país de la América Central. ¿Dónde está la prefa-

bricación y cómo podemos llegar a ella, si no tenemos los medios técnicos para hacerla posible? ¿Si nos faltan los medios económicos? ¿Computadoras? ¿Medios electrónicos? ¿Técnicas sofisticadas? ¿Acaso lo que se propone es una nueva forma de imperialismo, supeditando la pobreza de los países subdesarrollados a la técnica de los que no lo son?

¿Por qué se pretende aplicar universalmente principios y métodos sólo posibles para unos pocos y en determinadas circunstancias?

No olvidemos que las Sociedades de alto nivel de desarrollo económico y social son precisamente las que rechazan la masificación que nace de los procesos de seriación y prefabricación y claman por la individualización; en tanto que aquellas sociedades que podrían lucrarse de la producción en serie, carecen de medios para conseguirla.

Moshe Safdie, uno de los arquitectos más lúcidos de la Tercera Generación, no dice ya como pudo decir Le Corbusier: "Este es el patrón y hay que aplicarlo". Sino tan sólo, con mayor realismo y humildad: "Las posibilidades son muy pocas y el campo de actuación de cada uno de nosotros, es nuestro limitado entorno". "Es muy difícil decir que un patrón determinado puede ser universalizado".

Y Galbraith, desde otras posiciones, en las que resuenan la profecía spengleriana, nos dice con el mismo acento: "La vanidad del hombre moderno le ha llevado a decir cómo deben vivir los demás hombres, ignorando que cada cultura clama por sus peculiares soluciones".

Así piensan Stirling, Utzon, Kevin Roche, Frei Otto o Venturi, que nos dicen a través de su obra:

Sabemos que el mundo de la razón está en la raíz de nuestro mundo y que somos y nos sentimos herederos de él. Pero sabemos también que la realidad del hombre escapa más allá de la razón.

Sabemos que nuestro propio sentimiento forma parte de la configuración de nuestro entorno y que nuestra acción es consecuencia de nuestra personal interpretación de los fenómenos que nos condicionan.

Sabemos que no existen para el quehacer fáctico dogmas ni normas de universal cumplimiento, que sólo existe, para nosotros, el hoy y el aquí, y que allí y mañana, las cosas serán distintas.

Que caminamos solos una interminable aventura.

¿Qué hubiera pensado Gropius, o Mies Van der Rohe de semejantes afirmaciones, que tantos hoy comparten?

¡Qué largo camino recorrido!

En la Tercera Generación ya no hay más unidad que la de saberse herederos, distintos, de un Mundo roto.

De sentirse solidarios del inicio de un camino que pasó por el racionalismo y por su crítica poética, aun cuando sus pasos caminen otras andaduras solitarias, en el ocaso de los mitos universales. Ocaso que comporta la afirmación de que cada Arquitectura debe responder a su inmediata coyuntura, a su propio paisaje y a sus realidades tecnológicas de entorno; de que cada Arquitectura se corresponde con su propio mundo de Cultura.

¿Qué pensar, desde estos planteamientos, de los edificios construidos por Mies Van der Rohe para el Museo de Berlín y para las oficinas de Bacardí en Cuba, con igual acento y con iguales técnicas?

¿Cómo no reaccionar, desde estas posiciones, frente a la Sede del Partido Comunista de Francia, construido por Niemeyer con el ritmo curvo de sus arquitecturas brasileñas, junto a las orillas del Sena?

¿Cuál es el valor desde la óptica de la Tercera Generación de una respuesta única que se acomoda a distintas preguntas, en distintas circunstancias, y con distintos medios, indiferente a los medios y a las circunstancias?

¿Cómo defender esa indiferencia frente al medio, cuando se tiene conciencia de que no existen patrones universales, ni filosóficos, ni artísticos, y que sólo existen preguntas y respuestas enraizadas en la Geografía y la Cultura, y que a preguntas distintas deben seguir también distintas respuestas?

Dentro de estas preguntas, podríamos formular también, *sensu contrario*, si acaso el fenómeno *Archigram* no niega este paralelismo crítico, por cuanto pretende configurar un mundo arquitectónico superindustrializado y supermecanicista sólo posible dentro del más alto grado del desarrollo tecnológico, dentro del modelo de las utopías de entreguerras trasladado al mundo de las aventuras espaciales y de la ciencia-ficción. Pero la respuesta nos viene dada por el hecho de que el fenómeno *Archigram* se corresponde, no con el voluntarismo científico e industrial que movió realmente la Arquitectura del primer tercio de siglo, sino con el humorismo poético-nostálgico, conscientemente imposible, como lo prueba su capacidad crítica y su inoperancia virtual.

Cuando Warren Chard dice:

Perseguimos, una vez más, la idea de que nuestra Arquitectura esté a la altura de las cápsulas espaciales, de las computadoras, de los envases no recuperables, de los procedimientos electrónicos y de los ingenios atómicos.

Sus palabras suenan muy parecidas a las de Le Corbusier.

Pero estas palabras llegan con cuarenta años de retraso, cuando el mito del progreso industrial yace cubierto por toneladas de escombros y millones de muertos.

Este equipo, que se presentó como progresista, no puede ser interpretado rigurosamente sin recordar su paralelismo con la denuncia de los excesos progresistas contenida en *Un Mundo Feliz* de Huxley, que nos hace

mirar con mayor admiración a los salvajes que a los *hombres Alfa*. Como miramos la riqueza poética, expresiva y realista de la Arquitectura popular y la flexible inteligencia de la llamada Arquitectura inconsciente.

Llegamos así al término de nuestro recorrido sobre la evolución del pensamiento estructural arquitectónico del siglo XX. Hemos caminado desde las ingenuas certezas y las apasionadas utopías, a las incertidumbres y a los ensayos. Otros muchos recorridos son posibles, a través de las vías de las ideologías, de la sociología, y aun de la política; pero sin duda hubiéramos llegado a idéntico destino.

Porque la crisis que conmueve al Mundo se manifiesta en todos los campos y alcanza a todos los niveles y aspectos de la vida, precisamente porque está en juego la misma y más radical interpretación del ser del hombre y del sentido de su existencia sobre la Tierra. La Humanidad creyó con brutal soberbia (creyeron algunos, creyeron muchos, aunque no todos), tener al alcance de las manos un nuevo Paraíso vacío de Dios, sustitutorio del Paraíso perdido. Hoy esta loca quimera ya no existe.

Y el hombre se revuelve angustiado en su hambre de reencuentro. Hay en el aire del mundo una mirada hacia el pasado. Una mirada que busca en los ejemplos de tantas certezas abandonadas una nueva vía para afianzar su búsqueda insegura.

Mirada que también encontramos en la Arquitectura de nuestro momento y que nos da la clave para entender la heterogénea dispersión de sus caminos. El orden ya no mueve a desprecio y burla, sino a estudio y a enamorado deleite.

Desde la eterna Europa, Ave Fénix que ha de renacer de sus cenizas por encima de ideologías contrapuestas, superando encontrados intereses económicos, contra la avaricia de los mercaderes y las mentiras sectarias de los políticos; desde la Europa del pensamien-

to y de la idea, de los filósofos y de los teólogos, de los científicos, de los pintores, de los músicos, de los escultores, nos llegan palabras que denuncian el caos.

De nuevo se postulan ordenaciones capaces de reducir a la unidad de la ciudad, la multiplicidad de las infinitas iniciativas dispersas de las Arquitecturas. Las viejas palabras dichas por arquitectos de otros tiempos son meditadas con nuevas luces.

Hay en el aire una nostalgia del tiempo perdido. Hay una voluntad de recuperación de ideas en otro tiempo formuladas.

Hay nuevas lecturas de mensajes ocultos. El tiempo fluye y no regresa... pero regresa su aroma y el eco de músicas que ya resonaron.

De América nos llegan también ecos de nostalgia.

Desde la América española, la reconsideración de lo que pudo ser y se agostó en la admiración y la brutalidad del Norte.

Desde la del Norte, los EE.UU. –que comienzan a sentir el peso de la púrpura arrebatada a la vieja Europa– nos dejan ver sus miradas de nostalgia que pretenden, desde las costas atlánticas, revisar el mensaje de la Arquitectura racionalista europea, más allá de la racionalidad de sus planteamientos, recreándose en la estética de su lenguaje, en la oculta lección de su emoción, en el juego sensible de sus composiciones, en la poética sobriedad de su geometría, vergonzantemente callada por imperativo del culto a la razón.

Desde las costas del Pacífico, que no sabe de Europa más que por las huellas de los misioneros y pioneros llegados del Este, la nostalgia se funde con los ecos de una América rural elaborada con los ingredientes más genuinos de la más sincera América; tal vez por serlo, siente la ingenua necesidad de afirmar su independencia, de marcar las diferencias, de recrearse en lo más cándidamente natural de su idiosincrasia, sin querer atender o atendiendo demasiado, con humor o

burla, a cuanto hay en ella de herencia europea.

Nostalgia de comunes orígenes. Nostalgia de herencias truncadas y de caminos perdidos.

Nostalgia de rigor y de orden, de belleza y de ley que logren la armónica convivencia de lo distinto y contradictorio.

Al ocaso, sigue el amanecer; la luz del día a las brumas de la noche; y cada Renacimiento reclama una nostalgia.

¿Qué podemos hacer con nuestro esfuerzo, para que la aurora acelere su paso?

Si la crisis de nuestro tiempo es crisis del sentido humano de la vida, debemos colaborar a rehacer la interpretación del hombre a la luz de su entidad total y profunda.

Si la crisis de nuestro tiempo es crisis nacida de la incapacidad de reducir, a través de la razón, a la unidad del espíritu la multiplicidad de las acciones del hombre; incapacidad de comprender, perdida la idea de trascendencia, el fin al cual se ordenan, asumamos el compromiso de luchar, con inteligencia y corazón, para que esa unidad del espíritu alumbre de nuevo los trabajos del hombre y se encaminen al fin trascendente de la vida. Es preciso que, de nuevo, sepamos dar a las Artes, a las Ciencias y a las Técnicas un sentido de finalidad unitaria, a la luz de nuestra identidad cristiana, gracias al cual puedan considerarse no como elementos independientes de la acción humana, sino como expresiones distintas de un único proceso de elevación espiritual.

Es preciso que intentemos recomponer, desde nuestra originalidad Católica y europea, y desde una profunda convicción universitaria, la unidad de la vida del hombre, en el más acá y en el más allá de la muerte. Recuperando su valor de totalidad, soldando la fractura que la supervaloración de lo racional ha producido, con olvido de inmensas parcelas de su realidad más

íntima, haciendo de su imagen una máscara contrahecha de su plena entidad que ha transformado en burla y angustia la maravillosa aventura del reencuentro con Dios.

La crisis del humanismo racionalista ha arrastrado a todos los valores admitidos y ligados al mundo cultural europeo de los últimos siglos. Si a ello agregamos las profundas transformaciones que el desarrollo tecnológico ha producido en los usos y las costumbres, y los dramas profundos y continuados de los 50 primeros años de este siglo, y las consecuencias que de ellos se han seguido hasta nuestros días, y las contradicciones que se manifiestan ante la realidad que se vive y las palabras que son dichas, no puede extrañarnos que el hombre occidental, huérfano de los valores en los cuales, en otros tiempos, reconocía su fundamento en lo absoluto, se agote y se pierda en la desolación de una historia sin leyes y en la falta de autenticidad de una existencia que se disipa en un estéril presentismo de acciones indiferentes y sin objetivo.

El agnosticismo, el escepticismo, el materialismo y las más extremas manifestaciones de las filosofías no cristianas, proponen al hombre de hoy la grave tentación del desconocimiento de su propia dignidad, dispersándose en el valor permanente de su propio mundo interior y de su entidad totalizadora absoluta.

El progreso científico se impone con mayor rapidez que la precisa para poder realizar la toma de conciencia que es necesaria para asimilarlo como instrumento de vida; con lo cual, el hombre pasa conscientemente por la terrible experiencia de no poder dominarlo, sino de ser dominado por él, y de no haberlo sabido acompañar por una paralela intensificación de vida moral.

Más víctima que protagonista de la maravillosa aventura del progreso, el hombre se entrega al fácil hedonismo del éxito y del lucro, y se mueve cada vez con mayor disgusto en un mundo que los vuelos espa-

ciales le hacen parecer cada vez más estrecho y en el que la humanidad parece abocada, perpetuamente, a la improvisación y al cambio, cuando no a constantes enfrentamientos. El ritmo cada vez más convulso de la vida, cada vez más afanosa, aleja al hombre de los otros hombres que, faltos de una paternidad común y de una fraternidad universal en el Hijo del Padre que está en los cielos, no se encuentran ligados por otros lazos que no sean los de la mera convivencia, y con los cuales no tiene ni tiempo de restaurar un auténtico diálogo humano.

El hombre ha perdido, en la frenética colectivización de la vida, el sentido y la necesidad de la introspección y de la soledad, que es expresión de riqueza interior; y las palabras que se dicen le suenan a vano, más para ser oídas que para expresar realidades.

La vida de la Sociedad se transforma, rápidamente, en vida de masas, en la que el hombre pierde su autonomía espiritual; cede al miedo de las presiones y a las sugerencias de una opinión pública que es fruto de la propaganda y la manipulación, más quede una autenticidad que pocas veces resuena.

Así, el hombre renuncia al trabajo de escoger, de decidir, de tomar conciencia personal y llega a la abdicación total de su propia responsabilidad. Pierde el sentido del bien y del mal y endurece su corazón en la dramática insensibilidad de quien no consigue distinguir de los ecos, ni identifica los auténticos valores de la vida individual y de la vida colectiva.

Supervalorando la eficacia como medida de la verdad, frente a la moral; lo efímero frente a lo permanente; traído por el proceso acelerado y constante de la evolución que muestra cada nuevo avance, cada nuevo hallazgo, como algo aislado, con valor en sí mismo, y no en relación con la larga cadena de ideas, de esfuerzos y de sacrificios que han hecho posible su nacimiento; fabricando imágenes que poco tienen

que ver, la mayoría de las veces, con la realidad profunda; acentuando sólo los caracteres de novedad, de audacia, de eficacia, que se transforman en valores esenciales en un mundo de insuficiencia espiritual.

El estadio contemporáneo de nuestra cultura está ligado, por estrechos y devastadores lazos, al tecnicismo, entendido como tendencia a aplicar los conocimientos científicos al campo de la realidad humana. Se pretende alcanzar el máximo rendimiento con el mínimo costo de energía y ordenar la vida del espíritu al proceso científico, en lugar de que éste se subordine a aquélla.

Pero esta entelequia enloquecedora y degradante, que sigue deslumbrando como lo hizo desde los albores del racionalismo y que alienta ya en la frígida rebeldía protestante, se nos presenta hoy como un fracaso de proporciones universales. La ciencia no aparece ya, ni a las minorías más lúcidas ni a las masas más intuitivas, como la orgullosa afirmación del hombre sobre la tierra; ni la técnica, la industria y el trabajo, tras la dolorosa experiencia de tres siglos, como expresión de la humana libertad ni de la felicidad de los hombres.

Al negarse a Dios en los oficiales paradigmas de la moderna cultura de Occidente, los medios se han transformado en fines. Los valores aceptados en otro tiempo se han transformado en una inmensa instrumentalización del espíritu, que ha supervalorado la idea de función material que aún sigue dominando nuestra época, a pesar de los numerosos signos que por todas partes anuncian la repulsa a tan brutal tiranía. Y así, las técnicas, las ciencias y aun el Arte, han venido a ocupar posiciones de prevalencia respecto al bien y al mal y se han hecho responsables, en sus peculiares campos, de todo tipo de experimentalismos faltos de escrúpulos.

El lenguaje de la Ciencia y del Arte se ha despojado de toda resonancia espiritual, de toda emoción, de

todo sentimiento, atento sólo a conseguir la plena verificación de un número infinito de combinaciones, sin más valor que el simbólico y la más amplia posibilidad de transformaciones analíticas.

Y con ello la Ciencia y la Razón, contra todas las ilusiones concebidas, no sólo no han conseguido la felicidad de los hombres, sino que han deshumanizado la vida.

Cuando el Conocer no implica conocerse, cuando la Ciencia no presupone conciencia, el pensamiento se manifiesta como un mero acontecer fáctico, la moralidad coincide con la legalidad y la eficacia con la verdad, y así la vida humana se degrada y rebaja a la despersonalización y al automatismo. El mundo aparece como un tesoro brindado a la codicia y la vida como una serie de relaciones utilitarias e instrumentales.

Sólo cuando el hombre tiene intenciones y palabras capaces de explicar la profunda unidad de su ser y de centrar en ese profundo clamor, pánico y angélico al tiempo, la razón de todas las cosas, el Progreso se transforma en Civilización y una armónica relación se establece entre la entera actividad humana. Y la cultura, la historia, la ciencia, la técnica, la industria, y el arte, se muestran como aspectos coherentes de un único y libre proceso de vida que se expresa en el desarrollo de la Sociedad. Todo esto nos dice que no podemos conformarnos con asegurar tan sólo la eficiencia que reclama la vida social, ni que éste puede ser nuestro único objetivo. Es preciso dotar a los individuos de aquellos elementos de compensación que les consientan salvar la intimidad de su conciencia, a despecho del ritmo dispersivo de la vida y de advertir, más allá de los límites de las funciones y de los objetivos limitados, los fines últimos que hacen del hombre protagonista y sujeto de la historia y de la metahistoria.

Es precisa la reconstrucción total de la personalidad humana, de la unidad espiritual de la vida, y la rea-

lización de un ahondamiento de conocimientos que hagan converger toda la actividad formativa, educativa y productiva, de tal manera que ninguna parcela de conocimiento formal la agote.

Intentando este esfuerzo, la cultura técnico-científica puede encontrar su liberación y plenitud y progresar anclada en lo absoluto.

Ciertamente, nuestro tiempo es tiempo de Crisis; de la Crisis más profunda que jamás, tal vez, ha conocido la historia de Occidente. Crisis que conmueve al hombre porque siente en peligro, sin saber explicárselo, su propia entidad y le hace sentirse, en su profundo subconsciente, hambriento de trascendencia y de misterio; mísero en medio de las deslumbrantes promesas de la ciencia, del hedonismo y del consumo; sólo entre contrapuestos clamores de invocaciones fraternas y apocalípticas expectativas de su futuro; defraudado de mil promesas, frustrado de miles de esperanzas. Pero el Espíritu sopla cuando quiere y como quiere. Y de nuevo Su voz se oye y reclama Su derecho y Su presencia por encima de la tormenta.

La Crisis de nuestro tiempo, por obra de Su Luz, no es crisis de muerte, sino de resurrección y de vida.

Crisis de esperanza. Crisis de renacimiento que, para quienes tengan ojos para ver y oídos para escuchar, asume un clamor gigante. Crisis de cambios, tan profundos y rápidos, que hacen del mañana ayer, y de caminos de ida, caminos de regreso.

No hay tiempo –aunque tantos no lo entiendan– para el regresismo de la copia y el recuerdo. Sólo hay tiempo para ser pregoneros de lo Eterno. La certeza de la razón ha cerrado su ciclo. La certeza de la Fe alumbró nuestra esperanza.

Estamos redescubriendo la falacia de un positivismo que desconoce su fin; de un racionalismo sin razones de vida eterna; de una existencia sin paradigma de plenitud existencial; de un naturalismo sin vocación

sobrenatural.

Otra vez la complejidad vital reclama su puesto frente a tantas simplificaciones y esquemas; otra vez la unidad del espíritu reclama asumir, en plenitud, la multiplicidad, complejidad y contradicción de las acciones de los hombres. La ascesis analítica deja paso a la exuberancia de la síntesis.

Otra vez el hombre total en su compleja realidad y multiplicidad, imagen y semejanza del Dios incomprendible, plural y misterioso, sin límites ni fronteras, paradigma auténtico de infinitas posibilidades distintas, reclama el puesto que le arrebató la sombra del hombre. De ese mismo hombre que hoy ya no se conforma con seguir caminando sin estar arropado de la plenitud de su existencia; que ya no quiere ser polvo cósmico animado, simple barro de simios sin el soplo divino, naturaleza agotada en los límites de la naturaleza.

Del hombre que clama por la vida que no termina. Por encontrar su plenitud infinita en el infinito ser que alumbraba el misterio, por igual, de la creación y el caos. Que quiere ser descendiente, cuando menos, de dioses y más aun del Dios vivo y verdadero. "Polvo sí, pero polvo enamorado".

Naturaleza sí, pero sobrenaturaleza un día, por obra del Amor. No quiere, no queremos, vivir la sórdida aventura de una aventura sin razón ni objetivo; ni vivir dolores, ni angustias, sin explicación y sin eterna alegría.

Queremos que el arte y la ciencia, la creación y el pensamiento, la belleza y la justicia, no sigan siendo aventuras sin eco, aisladas parcelas sin sentido, para adorno de enciclopedias o catálogos de eruditos.

Queremos que el arte, la ciencia y las tecnologías, el amor y la angustia, el dolor y la alegría, el nacimiento, la vida y la muerte, sean piezas coherentes de un mosaico completo en que nada falte, en que nada se explique sino en la plenitud de su totalidad.

Queremos que, en el sentido profundo de la tras-

endencia, el hombre encuentre su unidad y su destino, su multiplicidad y su porqué; su felicidad para colmar tantos pesares, tanta injusticia, tanta incompreensión, tanta soledad y la sed infinita de luz y de paz.

El hombre occidental (y con él todos los hombres), persigue en su solitaria aventura huérfana de Dios las explicaciones que la ciencia y la razón le niegan. Persigue en su hambre de amor, amores amargos sin trascendencia y sin sacrificio. Busca en los sueños artificiales, el sueño absoluto, la felicidad perfecta, la belleza total que se le niegan; y más allá de las estrellas, en portentosa aventura, más estrellas y más allá de las galaxias, nuevas galaxias infinitas, corriendo tras un infinito que se le escapa hacia el único infinito que podría saciarle.

Nuestro tiempo, a despecho de afanes desmitificadores, inventa incesantemente nuevos mitos que sustituyen, fugaces, a los mitos destruidos. Y tras decretar la muerte de Dios, llora sin confesárselo y sin consuelo su soledad huérfana bajo las estrellas.

Nuestro tiempo intuye, nuestro tiempo busca, nuestro tiempo clama. Un clamor de misterio rodea al hombre, desnudo de misterio.

Nuevos temores, nuevas angustias, horóscopos, zodiacos, magia, parapsicología, misterios inexplicables de viejas civilizaciones extintas, cultos remotos, esoterismos, visitantes misteriosos de otras galaxias, cultos solares, ritos y revelaciones orientales, sueños psicodélicos, fraternidades de amor, hijos de las flores, hippies o ácido lisérgico, no son sino heraldos de un hambre de misterio que conmueve hasta los cimientos la obstinada complacencia de dos siglos de razón, de luces y progreso.

Hay hambre de Fe, sobre la tierra. Ayudemos a saciar el hambre, aunque los hombres no sepan aún que es Fe lo que reclaman. Hay sed de infinito, como respuesta de tanta ciencia de lo mensurable. Hay ham-

bre y sed frente a tanta parcialidad analítica, a tanto encasillamiento falseador de la vida que fluye sin saber de límites; de luz frente a tantas tinieblas.

Desmitificar, racionalizar, siguen diciendo los últimos celadores del fracaso de los antiguos profetas, que ya han muerto. Soñar, creer, sentir, amar nos dicen los nuevos nuncios del Consolador que nos fue prometido.

Harto de razón, de pedante afirmación de pretendidas verdades, mil veces desmentidas, el hombre desposeído de su eterno patrimonio, busca caminos que ya fueron caminados, nuevas sinrazones que explicaron a otros hombres insondables misterios.

¿No escucháis el clamor de las gentes por entender, más allá de la razón, las razones de la vida y de la existencia y la realidad de lo que no existe?

¿No escucháis el clamor que habla de amor, aun cuando sea amor descarriado; de pobreza que no quiere saber de progreso ni consumo; de sacrificios y de renuncia, de belleza y de pasión?

También nosotros, arquitectos, quisiéramos ser humanistas de un renacido humanismo, para dar a los hombres no esquemáticos respuestas a esquematizados deseos, sino lugares donde la vida fluya rica y feliz, donde el encuentro y la vida no se plieguen al dictado de la función y de la técnica. Sirviéndonos de las artes, de las ciencias y de las técnicas en una visión integrada al servicio del hombre, para hacerle más feliz y más plenamente hombre; colocando a las ciencias, a las técnicas y al arte, en el lugar que les impone esa felicidad que perseguimos y no haciendo de ellas objeto y fin de nuestro quehacer, cárcel y yugo.

Si la Universidad, en su concepto y significado, es universalidad de conocimientos integrados y no confluencia de estudios parciales –cosa que no siempre ocurre porque consciente o inconscientemente demasiadas veces lo olvidamos–, la Universidad debe ser el campo propicio para abordar y dar respuesta a la

demanda de certezas que el hombre ansía.

Y si alguna Universidad puede afrontar sin temor la ardua y pacífica batalla a que nos obliga la Crisis de pensamiento de Occidente, ésta es la Universidad que, con espíritu cristiano, asuma en plenitud, y con firmeza nacida de la Fe, el reto del tiempo nuevo; sin temor a la pregunta, sin miedo ante la respuesta. El empeño es difícil. Pero entiendo que será hermoso.

## Obra

### **Viviendas Unifamiliares**

Casa García Valdecasas. Somosaguas. Madrid, 1964-65

Casa Carvajal. Somosaguas. Madrid, 1964-65

Casa Sobrino. Aravaca. Madrid, 1965-66

Casa Biddle Ducke. Sotogrande, Cádiz, 1965-67

Casa Hartman. Pedralbes, Barcelona, 1968-70

Casa Sobrino. Ondarreta, San Sebastián, 1970

Casa Lladó. La Alcaidesa, Algeciras, Cádiz, 1975

Casa Baselga. Sotogrande, Cádiz, 1972-73

Proyecto Casa Liñán. Somosaguas, Madrid, 1981

Casa Rodríguez Villa. La Moraleja, Madrid, 1985-87

Proyecto Casa Ojeda. Somosaguas. Madrid, 1985

Casa Cardenal. El Pinar de Aravaca, Madrid, 1985-87

Casa Criado. Polígono de la Tolda, Lugo, 1986-88

Proyecto Casa Hernández-Alliques. Aravaca, Madrid, 1999

### **Edificios Residenciales**

Edificio de apartamentos en la plaza de Cristo Rey. Madrid, 1955-57

Conjunto de edificios de apartamentos en el barrio de la Estrella. Madrid 1960-63

Bloque de apartamentos en la calle Montesquín. Madrid, 1966-68

Residencia de estudiantes "Sagrada Familia". Puerta de Hierro, Madrid, 1968-71  
Conjunto de edificio de viviendas y apartamentos en la plaza Santo Domingo. León, 1970-72  
Torre de Valencia. Calle Alcalá, Madrid, 1970-73  
Edificio Caracas. Madrid, 1968-79  
Proyecto Edificio de viviendas en la calle Suecia. Santiago de Chile, 1979  
Proyecto Conjunto residencial en Guadalmina. Málaga, 1978  
Proyecto Conjunto residencial "Las Redes". Puerto de Santa María, Cádiz, 1980-82

### **Edificios Docentes**

Escuela de Altos Estudios Mercantiles. Barcelona, 1956-57  
Colegio de Ntra. Sra. de los Rosales. Somosaguas. Madrid, 1960-63  
Escuela de Ingenieros de Telecomunicación. Universidad Politécnica. Madrid, 1960-72  
Biblioteca de la Facultad de Derecho, Universidad Complutense. Madrid, 1960-71  
Sede de la Universidad Pontificia de Comillas. Madrid, 1965-69  
Proyecto Universidad Autónoma de Bilbao. Valle de Asua, Bilbao, 1969  
Proyecto Facultad de Biología. Universidad Autónoma. Madrid, 1975  
Proyecto Biblioteca Imperial de Teherán. Teherán, 1975  
Departamento de Ciencias Sociales, Universidad de Alicante, 1995-97  
Biblioteca Central de la Universidad de Navarra. Pamplona, 1996-98

### **Edificios Religiosos**

Panteón de Españoles en el Cementerio del Campo Verano. Roma, 1957-58  
Iglesia Parroquial de Ntra. Sra. de los Ángeles. Vitoria, 1957-60  
Remodelación de la iglesia parroquial de Húmera. Jaén, 1989  
Proyecto Centro Parroquial de Las Rozas. Madrid, 1992  
Proyecto Iglesia Parroquial Sevilla la Nueva. Madrid, 1954

### **Edificios de Oficinas**

- Fábrica y oficinas Loewe. Barcelona, 1960  
Tienda Loewe. Madrid, 1964  
Banco Industrial de León, calle de Serrano, Madrid, 1972-74  
Edificio de oficinas para la Adriática en el Paseo de la Castellana. Madrid, 1975-79  
Proyecto Nueva Sede de la compañía Aviaco. Madrid, 1976  
Proyecto Edificio "Arab-Sat". Ryhard, Arabia Saudita, 1984  
Proyecto Sede Social del CitiBank. La Moraleja, Madrid, 1989  
Edificio de oficinas. La Moraleja, Madrid, 1991-94  
Proyecto Torre de oficinas. La Defense, París, 1992  
Proyecto Oficinas y talleres para la sociedad Mazda. Carretera de Burgos, Madrid, 1992  
Proyecto Sede Central de Telefónica. Madrid, 1999

### **Edificios Públicos**

- Proyecto Centro Cultural de Leopoldville, Antiguo Congo Belga, 1960  
Pabellón de España en la Feria Mundial 1963-1964, Nueva York, 1961-63  
Proyecto Hotel en la isla del Moro, Almería, 1963  
Parque Zoológico de la casa de Campo, Madrid, 1968-70  
Proyecto Centro Cultural Islámico, Madrid, 1979  
Proyecto Palacio de Gobierno del Principado de Tabuk, Arabia Saudita, 1982  
Proyecto Palacio del Príncipe Gobernador del Emirato de Gassim, Arabia Saudi, 1982-84  
Proyecto Museo de Arte Contemporáneo, Vegueta, Las Palmas de Gran Canaria, 1985  
Proyecto Nuevo cementerio de Alcobendas, Madrid, 1986  
Proyecto Museo Hispano Musulmán del Generalife, Granada, 1986  
Proyecto Teatro de la Ópera en la Expo 92, Sevilla, 1987  
Proyecto Embajada de España en Varsovia, Polonia, 1988  
Proyecto Pabellón de España en la Expo 92, Sevilla, 1989  
Complejo hotelero "Príncipe de Asturias" en el recinto de la Expo 92, Sevilla, 1989

Proyecto Auditorio y Centro Cultural. Burgos, 1990  
Proyecto Palacio de congresos, exposiciones y auditorio.  
Pontevedra, 1991  
Proyecto Remodelación del estadio Vicente Calderón. Madrid,  
1992  
Proyecto Ópera de Copenhage, Dinamarca, 1993  
Proyecto Centro de Arte y Cultura Ciudad de Madrid. Madrid,  
1994

## Distinciones

Su trayectoria profesional y pública ha sido reconocida con diferentes premios y distinciones: en 1953 obtuvo el Premio del Instituto de Estudios Africanos. En 1955 la primera medalla de la Exposición del I Centenario de las Telecomunicaciones en España. En 1957 recibió el Premio de Roma, de la Academia de Bellas Artes Española en Roma y la Medalla de Oro de la XI Trienal de Milán. En 1960 le fue concedida la Medalla de Bellas Artes, Sección de Arquitectura. En 1964 la Cruz de Caballero de la Orden de Isabel la Católica por servicios a la arquitectura española en el extranjero, así como el Premio a la mejor Arquitectura Internacional de la Feria Mundial de Nueva York del Instituto de Arquitectos Americanos. En 1968 obtuvo el Premio Fritz Schumacher de la Universidad de Hannover a la Mejor Arquitectura Europea. En 1973 recibió la Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio por méritos docentes. Fue galardonado con el Premio del Colegio de Arquitectos a la mejor Arquitectura de Madrid del año 1980. En el año 2002 recibió el prestigioso premio Antonio Camuñas de Arquitectura.

## Bibliografía

### De Javier Carvajal

Lamela, A. *Urbanística y Arquitectura*. Prólogo de Javier Carvajal, Xarait Ediciones, 1993.

*Curso abierto. Lecciones de arquitectura para arquitectos y no arquitectos*, Javier Carvajal, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, 1997.

Javier Carvajal, *Sobre la génesis del proyecto*, Tó Ediciones, 1999.

Javier Carvajal, Editorial Munilla-Lería, Madrid, 2000.

### Sobre Javier Carvajal

Udo Kulterman, *Arquitectura Contemporánea*, Ed. Gustavo Gili, 1958.

Carlos Flores, *Arquitectura Interior*, Ed. Aguilar, 1960.

Kidder Smith, *The New Architecture of Europe*, Prentice-Hall International, London, 1961.

Carlos Flores, *Arquitectura Española Contemporánea*, Ed. Aguilar, 1961.

Kidder Smith, *The New Churches of Europe*, Ed. The Architectural Press, 1963.

*Arquitectura actual en América*, Dirección General de Arquitectura, 1965.

Julio Cano Lasso, "La obra de Javier Carvajal", *Nueva Forma*, n. 104, septiembre 1974.

Angel Urrutia, *Arquitectura española del siglo XX*, Ed. Cátedra, 1997.

Antonio Pizzi, *Guida all'architettura del Novecento. Spagna*, Electa, Milán, 1997.

Javier Carvajal, *arquitecto*, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, 1991.

Juan Miguel Otxotorena, "Poética de la inicial mayúscula o arrebatada apología de la arquitectura acerca del pensamiento y el magisterio de Javier Carvajal", *De Roma a Nueva York. Itinerarios de la nueva arquitectura española 1950-1965*, Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad de Navarra, 1998.

Javier Carvajal, Editorial Munilla-Lería, Madrid, 2000.

Eduardo Delgado Orusco, *Porque vivir es difícil. Conversaciones con Javier Carvajal*, Universidad Camilo José Cela, 2002.

*La huella de un maestro*, Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad de Navarra, Tó Ediciones, 2010.